

TAN LEJOS, TAN CERCA. REFLEXIONES DESCONTRACTURADAS SOBRE EL ENCUENTRO DE LAS CULTURAS ARGENTINA Y COREANA

Por Martín D. Civeira

INTRODUCCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

Pasé casi cuarenta años de mi vida viviendo alegre y despreocupado, sin tener prácticamente noción de la cultura y las costumbres de Corea del Sur. Debo aclarar que fueron tiempos en que no estuve ni tan alegre como espectador de un programa humorístico, ni tan despreocupado como para dejar que me llevara la vida por delante y me condujera con el libre albedrío de un barrilete suelto en el viento.

A decir verdad, y respecto al país que me ha inspirado para escribir estas líneas, si me hubieran sometido hace un par de años a un interrogatorio geográfico, me podría haber visto en aprietos de haber tenido que señalar la localización de la península de Corea, ya no en un mapa que destacara la zona Este de Asia, sino en un globo terráqueo.

Convengamos que, pese a su rica historia, la distancia en kilómetros (y en horas) que separa Argentina de Corea del Sur, sumada a la discreción y escasa difusión (lo que aquí conocemos como “bajo perfil”) que el país asiático ha mantenido durante décadas, y adicionándole a esto que la comunidad coreana en nuestro país tiene una presencia escasa en número (30.000 habitantes, para lo cual he recurrido a fuentes confiables de la Embajada de Corea y no a nuestro desprestigiado instituto de estadísticas, el INDEC), un muchacho nacido en Lanús (o, para ser darle más generalidad, un argentino nacido en un punto al azar de nuestra patria) casi no tenía posibilidades de contactarse con el más mínimo retazo de información proveniente de Corea.

Afortunadamente, esta desconexión entre mi persona y el país asiático cambió, casi de un día para el otro y, si bien no puedo considerarme de ninguna manera un experto, sí estoy en condiciones de brindar algunas reflexiones que vinculan las culturas de nuestras patrias.

DEL “VIVIR COMO SE PUEDA” AL IMPERIO DE LA LÓGICA

Hablar de orden y planificación en Argentina es dedicar saliva a tareas que parecen entrar en el campo de la ciencia ficción y que, sinceramente, no concitan la atención de ningún público.

Por desgracia, el modo de vida en nuestra nación se apoya demasiado en nociones difusas de “libertad”, que se llevan a la práctica crudamente, blandiendo la máxima “se hace lo que se puede”. Como esto se traslada a casi todos los órdenes de la vida, la gente suele llegar tarde a todos sus compromisos, faltar sin aviso a citas importantes o no entregar trabajos que le fueron encomendados para ser cumplidos en una cierta fecha y actuar de manera irracional para la toma de muchas de sus decisiones, entre otras bellezas. Los tiempos son elásticos y las responsabilidades se diluyen en una cadena interminable de excusas y culpables ficticios, que podrían ser parte de un ensayo en sí mismo.

Muy por el contrario, resulta difícil encontrar cosas libradas al azar en Corea y la lógica pura y dura parece imperar en la inmensa mayoría de los campos de la vida. En cuanto a los tiempos, la asombrosa (para un latino) puntualidad con que desarrollan sus vidas los coreanos, está cimentada en el respeto por el otro, sin importar cuál sea su jerarquía.

Muchas de las elecciones que un nativo tiene que hacer a lo largo de su vida, ya vienen guiadas por “lo que debe hacerse” que, casualmente, es lo más eficiente para el sistema.

Una arista no tan deseable de ese orden y que prácticamente no admite discusiones, es que las mujeres pueden desarrollar sus carreras hasta un cierto nivel, pero no más allá. La presidenta Park es una notable excepción, pero debe aclararse que corre con la enorme ventaja de ser hija de Park Chung-hee, el prócer que propició la milagrosa recuperación de su país, luego de la penosa guerra de la década del 50.

Como conclusión para este párrafo, todavía recuerdo mi sorpresa cuando un coreano que rondaba los 30 años de edad, me comentó que ya tenía decidido a dónde iba a retirarse el día de su jubilación. Para un argentino promedio, la planificación “normal” consiste en prever qué debe cocinar para la cena, qué hará el fin de semana o si tiene una reunión importante al día siguiente a la cual, seguramente, llegará unos minutos tarde (culpando al transporte público) y con el trabajo a medio hacer (alegando un corte de luz en su casa).

ALGO DE TIEMPO LIBRE: OCIO Y DEPORTE

Dado que ya hemos abarcado lo suficiente acerca de cuestiones laborales y de organización (en las cuales los argentinos tenemos bastante que aprender de los coreanos), es conveniente abordar el más agradable tópico de la recreación.

Muy posiblemente, el lector esté al tanto de que el argentino promedio dedica la mayoría de su tiempo libre a practicar, ver o discutir sobre fútbol. Si bien, tradicionalmente esto es una costumbre masculina, no son pocas las mujeres que, cada vez en mayor número, comparten esta pasión y pueden hacer sus aportes al mundo “futebolero”.

Por ende, cualquiera tendería a pensar que el fútbol es, en efecto, el pasatiempo favorito de los habitantes de la República Argentina... pero se equivocaría groseramente: el entretenimiento al que los argentinos dedicamos la mayor parte de nuestras horas es, sin dudas, criticar despiadadamente lo que hacen -o dejan de hacer- los demás...

La mencionada actividad se realiza más fluidamente con un mínimo de dos personas, quienes habitualmente se encuentran sentadas en una afable charla, alrededor de la mesa de un café o bar y se trata de un divertimento que puede practicarse en sus dos variantes más populares, a saber: la crítica o burla por sí misma, sin proponer ningún tipo de solución al tema en cuestión y la crítica con posterior consejo o procedimiento “brillante” (así calificado, casi en exclusividad, por el que los propone) para mejorar (algo que casi nunca sucede) el objeto (o el sujeto) criticado.

Al contrario de lo que ocurre con el ámbito de los fanáticos del fútbol, en donde siempre un porcentaje de personas quedará al margen, dado que no sienten el más mínimo interés por el juego y sus aditamentos, el gusto por el entretenimiento que de aquí en más denominaremos “La Crítica”, es compartido fervientemente y casi sin excepción por la totalidad de los hombres y mujeres que permanezcan algún tiempo en nuestro país, sean éstos nativos o residentes temporarios.

La inmensa mayoría de las veces, el resultado de “La Crítica” es una exposición de chapucerías sin la más mínima aplicación práctica las cuales, de ser llevadas a cabo, quedarían inmovilizadas en un lodazal de inconsistencias, debidas a la ignorancia casi total del tema que “el experto” tendría que haber investigado. Dicha investigación, vale aclarar, es un modelo ideal para otras naciones que no sean Argentina, país en el que cualquiera puede opinar con total libertad de lo que le plazca y ser beneficiario de minutos de aire en un programa de televisión, de radio o en actos políticos de diversa popularidad.

No tuve la posibilidad de conocer el suficiente hangul para advertir si “La Crítica” se trata de un deporte tan extendido en Corea, como en nuestra nación. Quizás sea algo que se practique más puertas adentro de los hogares. Pero, con el conocimiento aproximado que he podido recabar durante mi estadía allí, tengo claro que un coreano dice las cosas en público sólo cuando está sumamente seguro de lo que va a decir. Por ello, el argumento y la solución a presentar han sido pensados, repasados y desmenuzados en sus pormenores; de hecho, apostarí algunos miles de wones a que todo fue ensayado por el expositor frente a un espejo y, para que no queden dudas, chequeado luego de una grabación con webcam.

La excepción a la seguridad discursiva coreana se da, únicamente, después de una sucesión de rondas de soju y sus combinaciones, la cual le brinda gran seguridad, pero también una creciente dificultad de palabra, al orador. En caso de que el amable lector

deseo mayores especificaciones acerca de este evento, recomendamos la lectura del párrafo correspondiente a la cultura de la bebida en el país del Río Han.

EEUU: TE AMO, TE ODO

La buena predisposición que existe en Corea para con los estadounidenses puede resultar chocante para muchos países de Latinoamérica, en donde las anticuadas banderas del anti-imperialismo flamean con bríos renovados. Dichas consignas opositoras permanecen, pese al tiempo transcurrido y a las contradicciones que se pueden experimentar en la actualidad, respecto a los conceptos que cimentaban la aversión de aquellos comúnmente citados como “yanquis” en nuestras latitudes.

Para los que tuvimos la fortuna de conocer la historia coreana de primera mano, es evidente que la nación debe estar agradecida al “hermano mayor” que representó Estados Unidos, luego de la sangrienta guerra entre hermanos (y participantes ajenos a todo, que se beneficiaron de la misma). La Unión le brindó una ayuda invaluable para volver a poner a Corea orgullosamente de pie y, posteriormente, llevarlo a un merecido sitio de privilegio en la mesa de las discusiones entre las grandes potencias del planeta (ya que se trata de la 11ª economía del mundo, según el FMI).

Dicho esto, paso ahora a señalar algunos conceptos imperantes en Argentina. Debo hacer un breve paréntesis para indicar que la escritura de este ensayo me ha llevado a buscar numerosos sinónimos de la palabra “contradictorio”. Casi todos ellos, he de admitir, tuve que aplicarlos a conductas y prácticas imperantes en mi país y muy pocos a Corea.

Por supuesto, hablando de contradicciones (paradojas, antítesis, contrasentidos, incompatibilidades, incoherencias, desacuerdos, discordancias o absurdos), debemos referirnos una vez más a la Argentina.

En lo que respecta al sentimiento anti-EEUU, encuestas recientes revelan que somos el país de la Tierra que se halla más en contra de lo que el modelo capitalista norteamericano pueda significar, con porcentajes de oposición superiores a los de Cuba, Rusia o Venezuela. Sin embargo, mi país rebosa de “shopping centers” repletos de clientes, marcas típicamente norteamericanas de ropa, y de comidas y bebidas “yanquis” adquiridas y abrazadas con orgullo por los más diversos estratos sociales.

Como si esto no bastara, gorras de béisbol y camisetas de basquetbolistas de la NBA se ven diariamente en los pueblos y ciudades de las 24 provincias del país, portadas por un rango etario que va desde los 2 hasta los 90 años, aproximadamente. Esto, sin tener que citar los millones de discos existentes en los hogares argentinos de numerosos músicos americanos, cuyas canciones son irradiadas sin interrupción por radios, equipos de música, podcasts y tocadas en vivo, en forma de “covers”, por miles de grupos que se forman cada día y ensayan o improvisan algún mega-hit norteamericano, como primera forma de conocerse entre los músicos.

Por supuesto, toda persona que tenga algo de dinero en Argentina, conoce al menos una ciudad de Estados Unidos y, aquellos que no han tenido esa oportunidad, sueñan

con caminar las calles de Nueva York, Los Ángeles, Miami o Washington en algún momento de sus vidas, y no precisamente para enfrentar al “monstruo capitalista” cara a cara y gritarle las “verdades” que llevan acumuladas después de tantos siglos de imperialismo e injusticia, sino para correr raudamente a los comercios y salir de ellos cargados de bolsas con productos electrónicos, libros, ropa y discos, como si fuera el último día de sus vidas en que pudieran comprar.

AYUDAR A QUIENES SE AYUDAN A SÍ MISMOS

Uno de los métodos subyacentes en el Milagro del Río Han (una evolución asombrosa, para los que no la vivimos, pero posiblemente “algo que se veía venir” y, sin dudas, un motivo de enorme orgullo para los locales) se puede sintetizar en un slogan, que funcionó a la perfección en muchos campos de acción de Corea del Sur: “Ayudar a quienes se ayudan a sí mismos”.

En castellano, los españoles tienen una frase que se asemeja bastante, aunque signada por la preeminencia de la Iglesia Católica en esas tierras: “A Dios rogando y con el mazo dando”.

En virtud de las contradicciones que indicamos en párrafos anteriores, los habitantes de Argentina no perdemos nuestra oportunidad diaria de desafiar algunos de los postulados del catolicismo, pese a que muchos nos consideramos pertenecientes a dicha religión. Para una mayor (o deberíamos decir, más confusa) percepción de este fenómeno, es recomendable dirigirse al párrafo del presente ensayo dedicado a religiones.

Provengo de un lugar en donde la potente frase “justicia social” tiene décadas de confección, pero muy pocas oportunidades de aplicación y es mayormente entendida como un reparto más equitativo de la riqueza. Dicha distribución termina degenerando, gran cantidad de veces, en la dádiva de una escasa suma de dinero, la cual es indispensable para la subsistencia de millones de personas en nuestro suelo, a quienes no se le ofrecen alternativas de superación personal.

En dichas condiciones, enunciar una frase como la coreana puede llegar a resultar sorprendentemente cruel y, manifestarse como que debería ser un ideal a alcanzar por nuestras sociedades, puede ponerlo a uno en un panteón demoníaco, junto a Adolf Hitler, Jack El Destripador y la enfermera que acompañó a Diego Maradona al célebre antidoping del Mundial de Fútbol de 1994.

TRÁNSITO Y TRANSPORTE: ¡QUE SE PONGA VERDE!

Hemos visto pasar las horas (literalmente) al pie de un semáforo coreano, aguardando a que nos cediera el paso, para poder cruzar una calle cualquiera.

Ignoro si el tiempo que estas luces tardan en permitir el movimiento humano es una forma de disuadir al caminante y obligarlo a optar por medios de transporte motorizados. De ser éste el caso, los semáforos no parecen estar haciendo muy bien su trabajo: por el contrario, son frecuentes los grupos de caminantes, vestidos en coloridos ropa-

jes (a decir verdad, casi tan coloridos como los de un pavo real fluorescente, en lo que estimamos, debe representar una elaborada forma de cortejo en ese país) que transitan incansablemente las calles, senderos, avenidas y las más variadas formas boscosas de Corea.

Es probable que muchos de estos atletas urbanos hayan comenzado sus larguísimos recorridos a pie tratando de eludir la luz roja de un semáforo peatonal, de esos que nunca ceden el paso. Este impedimento para poder continuar el trayecto seguramente determinó en su momento el destino del caminante que, de haberse quedado a esperar su turno, hubiera muerto anciano al pie del semáforo coreano.

FUERZA NATURAL

Corea, para los que no saben, es un país con abundantes montañas. Esta cualidad, para alguien acostumbrado a vivir en un sitio cuya mayor elevación en la geografía por la que habitualmente se desplaza es un edificio de 3 pisos, no deja de ser algo para sorprenderse.

Cabe aclarar que, en Buenos Aires, para alcanzar algún punto de altura remarcable (más de 1000 metros) uno tiene que desplazarse la nada despreciable cifra de 650 km, hasta la Sierra de la Ventana. Por ello, me resultó asombrosa la gran concentración montañosa en un país tan pequeño (seamos sinceros, si bien Corea tiene una superficie respetable y muchas fortalezas, la extensión del país no es una de ellas).

Más asombroso aún es el esfuerzo que debe realizarse para poder sortear varias de las empinadas callecitas coreanas, que tienen ese “no sé qué” capaz de quitarle el aire al más atlético de mis compatriotas y de interrumpir las más animadas e interesantes charlas, para buscar un poco de aire con que llenar los pulmones.

Si de tomar aire se trata, déjenme decirles que Corea tiene los más hermosos parques públicos que he conocido: extraordinarios paisajistas se han esmerado en diseñar estos lugares para el solaz del visitante y para transportarlo a un estado muy cercano a la meditación, apenas logre cruzar el semáforo que dijimos anteriormente y en el que muchos turistas hemos perdido la paciencia.

EL ALCOHOL ES LA CULTURA

La cultura alcohólica de un habitante coreano promedio es casi tan destacable como su contrición al trabajo duro (en verdad, podríamos eliminar tranquilamente el “casi”).

Investigando para escribir este ensayo (porque, aunque ustedes no lo crean, he realizado una búsqueda casi científica y buceado en numerosas fuentes), veo que Corea se mantiene firme a través de los años en un ranking de los 30 mayores bebedores mundiales. Es este otro motivo más de orgullo y admiración; la Argentina se encuentra bastante lejos en dicha estadística y debe procurar emular y poner como meta de gobierno su incorporación a la misma en los próximos años.

El consumo de bebidas alcohólicas en Corea, seguramente tiene tanto material que podría y debería ser parte de un ensayo individual. No obstante, mi investigación personal confirma una regla madre del beber: la sociabilidad del bebedor coreano, tanto como la del argentino, se incrementa proporcionalmente a la cantidad de libaciones de fermentados o destilados efectuadas en un período de tiempo.

Como último punto a considerar en este apartado, recuerdo especialmente mi primera noche de encuentro con la más consumida de las bebidas en la península: el soju. En verdad, lo que recuerdo de ese primer round de conocimiento es que, efectivamente, se produjo de noche y en un día en particular del almanaque, que está perfectamente identificado en las crónicas del viaje que realicé.

En el mencionado encuentro (evaluado más tarde, sería mejor denominarlo “colisión”) pasaron muchas rondas de soju (puro o en su versión “bomba”, mezclado con cerveza) entre amigos, varios de ellos locales, que nos observaban curiosos y nos alentaban a seguir bebiendo. Pudo haberse tratado (ahora lo advierto) de algún tipo de “reality show” o un experimento para observar los efectos de la bebida más popular de Corea en un turista no avezado.

Como corolario de esa noche, tengo rotulado en mi agenda como “daño cerebral” al día del evento y “desconexión” al día siguiente.

FASCINADOS POR LOS PAQUETES

El modo de vida capitalista, nos guste o no, se ha expandido espectacularmente sobre el globo terráqueo y, salvo contadísimas excepciones, ha triunfado de modo aplastante sobre todas las propuestas y creencias que en algún momento amenazaron con convertirse en sus rivales.

La economía coreana se ha dinamizado espectacularmente, sobre la base de unos niveles de exportación y grado de consumo interno que producen vértigo en quienes se hayan tomado el trabajo de analizar las diversas curvas graficadas por economistas de todo tipo. De modo similar, los vaivenes económicos de Argentina, llevados a cualquier tipo de gráfico estadístico, no son aptos para impresionables y han desmayado más gente que todas las pobres víctimas que alguna vez pasaron (pasamos) por las impresionantes montañas rusas de Everland o por una ronda de soju con participantes locales.

Como indicamos anteriormente, Corea mantiene en perfecto estado de mantenimiento y con eficiencia sin par ese motor de la economía que representa el consumo interno. El ciudadano parece tomar como un acto patriótico cada proceso de compra y no pasa un día (ni medio, ni casi una hora) sin que adquiera con gran empeño y sin descanso algún bien o servicio (preferentemente, de industria nacional).

Aparentemente, existe una fascinación por los envoltorios, paquetes, cajas y envases. Ignoro si se debe a algún tipo de fanatismo por los laberintos o, quizás por los rompecabezas. Lo cierto es que, cuanto más intrincado sea el modo de abrir un objeto recién comprado, mayor será la felicidad del que lo adquiere.

Hasta los objetos más sencillos, como un vulgar paquete de galletitas, son una obra maestra del diseño, con instrucciones estampadas por doquier para su apertura y que guardan, cual matrioshkas rusas (esos juguetes clásicos, en los cuales la sorpresa consiste en ir desempacando, una tras otra, cantidad de muñecas en forma de huevo), un sinfín de subconjuntos de estuches, envoltorios, compartimentos o cajas más pequeñas en su interior.

Poder acceder a lo adquirido, es algo no recomendado para los ansiosos (o para los hambrientos, si se trata de algún tipo de alimento): hay que armarse de paciencia para poder descifrar el puzzle que representa el packaging que envuelve desde los objetos más cotidianos, hasta los regalos más exclusivos. Una vez alcanzado el arduo final de esta maraña que rodea al contenido final, quizás ya poco importa lo que se encuentre allí dentro: lo importante es el camino, como dicen los libros de autoayuda. Y ese mismo camino es el que puede llevarnos a comprar el próximo objeto, a la mayor brevedad posible.

RELIGIONES, MITOS Y CREENCIAS

No es posible una buena comparación entre nuestros países sin ingresar en el muchas veces polémico tópico de las religiones y creencias.

Con la visita del Papa Francisco a Corea aún fresca, la religión católica fue propulsada como “la más popular” en ese país. No obstante, ese puesto del ranking está en discusión con el budismo, de raigambre milenaria.

Es menester aclarar que, encuestado el pueblo coreano, la mayoría de sus habitantes no profesa credo alguno. Como se citó anteriormente, se trata de una población sumamente lógica y razonable (escandalosamente, diríamos, para el estándar emocional de casi todos los argentinos), por lo cual el precepto del apóstol Tomás (“ver para creer”) está llevado a su máxima expresión de practicidad.

En apariencia, la Argentina se encuentra sobremanera distante en cuanto a su religión: una mayoría abrumadora, que seguramente debe superar el 90%, se declara católica sin dudarlo. Pero (y hablamos de un enorme “pero”), nadie en su sano juicio en mi país dudará de portar o poseer amuletos de buena suerte o símbolos de otras religiones tales como: estatuas de Buda, pulseras rojas contra el “mal de ojo”, gatos dorados de la buena suerte, estampitas, calcomanías o posters del Gauchito Gil, Gilda, San La Muerte, Diego Armando Maradona (en sus diversos cambios de look) o un espejo Feng Shui, entre muchos otros.

Por lo tanto, podríamos decir que “La Religión Argentina” constituye todo un sincretismo o, sencillamente, un guiso de innumerables cábalas y creencias. El creyente promedio nacional se siente más cómodo y seguro cuando puede ubicarse en un mapa religioso como “católico”, sin reflexionar demasiado que, con semejante conglomerado de herejías, hace tan sólo un par de siglos atrás, habría sido excomulgado sin darle lugar a reclamo o, en el peor de los casos, acusado de brujería, sumariado y quemado

vivo, para que sus moléculas finalmente pudieran sintetizar esa incomprensible mezcla de deidades, amuletos y creencias que tenemos muchos compatriotas.

NOTAS MUSICALES DE COREA

La música, qué duda cabe, es una de las grandes pasiones de los coreanos y ocupa un importante porcentaje de su tiempo, a juzgar por la superficie que le dedican en diarios, revistas, carteles publicitarios y las abundantes horas de rotación que los videos musicales y noticias del corazón de cantantes famosos (o apenas conocidos) tienen en televisión y medios digitales.

Los oídos del transeúnte casual se ven invadidos por pegadizas canciones K-Pop, al pasar por las puertas de los comercios más diversos: tiendas de venta de celulares, almacenes, concesionarias de autos, puestos de venta de comida al paso y un larguísimo etcétera; nada escapa al influjo de las notas musicales pergeñadas por hábiles manos, voces y robots Made In Korea.

El firmamento de estrellas de música pop coreanas se encuentra bien nutrido y con el movimiento, la ebullición y la actualización propios de una red social: los intérpretes más difundidos de hoy pueden caer en el olvido en una semana y los grupos, que son de chicos o de chicas (nunca mixtos), siempre están cambiando de integrantes, proyectando como solista a algunos de sus miembros, fusionándose o desapareciendo.

Prácticamente pasa lo mismo que en el vertiginoso mundo empresario porque, para qué engañarnos, el mundillo musical ha dejado de ser dominado en forma exclusiva por los deseos y tiempos de un artista. Efectivamente, esto es algo de lo cual sólo las mentes más perspicaces podemos darnos cuenta: de modo muy sutil, los billones de wones de los inversores se están introduciendo en el mundo de la música, que se ha transformado en una industria de las más rentables de este país.

La maquinaria de relojería que conforma el negocio de la música busca imponer, también, la venta del estilo de vestir, de peinarse y hasta de hablar de los grupos pop. Estimo que un fanático puede ir a las tiendas especializadas y pedir el kit completo del artista de su preferencia, recibéndolo en el acto, tal como cualquier niño podría hacerse del disfraz de Batman en una juguetería.

No todo en Corea está relacionado con la cultura K-pop, que impregna las calles, comercios y discotecas: también hay música en lugares mucho más insólitos, al menos para el formato mental de Occidente. Sin dudas, el más curioso de los sitios en donde uno puede disfrutar de este tipo de arte es... ¡un baño público!

En cualquiera de los numerosos espacios verdes existentes en las ciudades del país, el coreano y el extranjero tienen garantizado un derecho humano imprescindible: el necesario alivio, en un "toilet" diseñado muchas veces por verdaderos artesanos del confort.

Allí, en lo que a sonidos armoniosos se refiere, no hay lugar para banalidades: en un ambiente aséptico, en el cual se podría realizar una cirugía a corazón abierto, el "playlist" imperante es territorio exclusivo de la música clásica. Melodías reposadas, ejecu-

tadas por orquestas de no menos de 50 artistas, invitan al usuario a pasar un tiempo mayor del que habitualmente uno dedicaría a los menesteres que se desarrollan en su WC de confianza.

El gusto del coreano por la música se mantiene en espectáculos multitudinarios, como los partidos de fútbol. Con una organización impecable, y siendo arengados megáfono mediante por los respectivos jefes de sector, cada grupo de simpatizantes participa del coro ritual colectivo que tantas satisfacciones genera fuera y dentro del rectángulo de verde césped. Los desmemoriados o primerizos en estas lides, tienen la enorme ventaja de poder seguir las letras en pantallas de Led gigantes, ubicadas en las cabeceras del campo.

Gilda, Los Auténticos Decadentes o Sergio Denis quizás nunca se enteraron de que son coreados cada fin de semana por miles de personas, que ni sospechan de su existencia. Entrar a un estadio de fútbol en un país que está en las antípodas de Argentina y ser recibido por canciones provenientes de las gargantas y pulmones a tope de los hinchas coreanos, con las mismas melodías que podemos escuchar cada vez que voy que juegan Lanús, Talleres de Remedios de Escalada o Boca Juniors, es una experiencia que vale la pena en sí misma y por la cual recomendaría a cualquier persona que viaje a Corea del Sur.

EPÍLOGO

Hasta aquí hemos intentado explayarnos, de modo descontracturado, sobre algunas de las diferencias y similitudes más evidentes entre Argentina y Corea. Pero no nos hemos detenido aún en el hecho de que ambos países tenemos poblaciones reducidas, en comparación con la escala de prácticamente todas las demás naciones, lo que nos convierte en objetos muy preciados, o cercanos a la extinción, si es que no podemos hacer valer nuestras capacidades.

Tenemos que saber cuidarnos, mutuamente, y hallar los canales para vincularnos de modo más fluido y poder complementarnos, dado que tenemos demasiado para compartir y aprender.

Actualmente, y luego de la magnífica experiencia vivida en la península, no pasa un día sin que busque (o me llegue) información de (cualquiera de las dos) Corea(s). Podría refinar mis criterios de búsqueda, para que sólo lleguen a mi radar las novedades de Corea del Sur, pero no quiero dejar pasar lo poco que pueda informarme acerca de su hermana perdida del Norte.

La reunificación entre ambos países es una mera cuestión de tiempo y, si Cuba está dando pasos tímidos pero firmes, abriéndose hacia un mundo que la recibe con brazos abiertos, no tengo dudas de que, más temprano que tarde, el Sur y el Norte de Corea se fundirán en un abrazo del que ninguna fuerza los va a poder separar.